



## MI PATRONA

---



o puedo pensar en Florencia sin acordarme de mi buena patrona de la calle de los\*\*\*, la cual, en seis meses me enseñó más lengua italiana, de la que en diez años hubieran podido enseñarme todos los profesores de literatura nacidos, como Alfieri decía, *allí, do Italia boreal se hace.*

Era una simpática viejecilla, viuda de un intérprete de fonda, buena como el pan, florentina hasta lo blanco de los ojos, trabajadora, puntual y limpia como holandesa. Vivía de pequeña renta, más de lo poco que ganaba con la casa de pupilos. Leía alguna cosa, jugaba á la lotería, hacía alguna visita y pasaba la noche casi siempre sola, como un hongo, metida en el rincón de su cuarto lleno de muebles viejos, al pié de la ventana, desde donde alcanzaba á



ver por cima de los tejados la cúspide del campanario de Giotto.

No sé lo que es esta bendita lengua toscana. Una pobre mujer, sin cultura, apenas si sabía leer y escribir, hablaba de modo que se quedaba uno con la boca abierta. No era el florentino vulgar, porque jamás ó salir de su boca palabra ó frase que una señora no pudiera repetir en la conversacion.

Sus frases eran todas de inmensa propiedad, y las imágenes, refranes, diminutivos graciosos, coquetearías y flores salían tan fácilmente, y con tanta profusion en todas ocasiones de su boca, como de la de los novelistas del siglo XIV, sin que perdiera nunca aquella sonrisa ligerísima que revela traidoramente la complacencia íntima del que sabe que habla bien.

A cada paso le oía decir algo nuevo. Si trabajaba para ponerme el paletó, me decía:

—¿Por qué no lo ensancha usted si le está estrecho?

Es decir, que cada frase suya era un verso en decasílabo.

Entraba en su habitacion:

—Cuidado no tropiece, que está oscuro, como boca de lobo; tenga cura...

Venía un amigo á pedirme dinero; ella lo comprendía y me preguntaba:

—Este ha venido á darle algun sablazo.

Decía que su predicador tenía la *palabra fácil y ornada*.

Como notase que me divertía en hacerla hablar,

se callaba de repente, mirándome con aire de desconfianza. Temía que yo quisiera burlarme de ella. Y cuando alguna vez se me escapaba una exclamacion de sorpresa, casi se incomodaba.

—Vamos, despues de todo, señor mio,—me dijo un día—yo hablo como sé. Si digo disparates, usted debe enseñarme á hablar mejor; jamás tuve la pretension de hablar como un poeta.

—No es eso, querida señora,—la dije con la más profunda sinceridad—le juro que admiro de todas veras su manera de hablar, y que quisiera yo hablar como Vd., y escribir como Vd. habla. Pero ¿por qué ha de extrañarse? No sabe que los florentinos son los que mejor hablan el italiano? ¿Nunca lo ha oido decir? Me gusta oírle hablar á Vd. el italiano, como me gustaría oír hablar el francés á un parisiense. Me agrada; porque Vd. habla con naturalidad, porque pronuncia bien, y porque yo aprendo. ¿Quiere usted una prueba? Mire estas cuartillas.

Y le puse delante algunas cuartillas, sobre las cuales había anotado una larga fila de sus modos en el decir.

Miró, se sonrió, luego volvió á sospechar, y me dijo que no podía comprender que encontrase yo algo de *particular* en aquellas palabras.—Cualquier mercachifle—añadió—está sin duda en igual caso de pronunciar las frases como yo.

Sin embargo, poco á poco, llegó al fin á persuadirse de que me divertía de veras oyéndola hablar, porque hablaba bien.



Sin embargo encontraba mil dificultades para entenderme con ella cuando quería saber alguna cosa respecto de la lengua.

—¿Cómo diría Vd.—le preguntaba,—para decir que llueve fuerte?

—Pues... diría que llueve fuerte.

Repetía la pregunta en otra forma.

—¡Ah! ¡ya comprendo!—El que tuviera que explicar de otra manera tendría que decir que llueve á cántaros, que se desgajaban las nubes, como si el cielo se hubiese roto; cada uno puede decir como más le guste, *no hay una regla fija*.

Un día le di un libro.

—¿Lo ha escrito Vd.—me preguntó.

—Sí.

—¿Todo de su puño y letra?

—Todo.

Lo tuvo dos ó tres días y ví que lo leía.

Al devolvérmelo, me dijo:

—¡Bravo! me he divertido; bien se ve que es usted un buen hijo. *Y luego, también me ha gustado el estilo*.

Poco á poco fué tomándome cariño, me hablaba, literariamente, del bueno de su marido, de sus amigos, de lo caro que andaban los víveres, de las contribuciones, de la lotería, de sus achaques, de religión, siempre con la misma gracia y dulzura.

Cuando tocaba hablarme de la desgracia inmensa de haber quedado sola en el mundo y me decía que de noche no pudiendo dormir, pensaba y pensaba

con las lágrimas en los ojos; empleaba palabras tan dulces, tan finas, tan poéticas, que me dejaba angustiado el corazón y al mismo tiempo que me embebía en una especie de voluptuosidad artística oyéndola contar.

Hablando ella su hermosa lengua, yo, apoyado en la ventana de la habitación miraba el campanario de Giotto, dorado por los últimos rayos del sol poniente, y sentía inmenso amor hácia Florencia.

Una noche, estando ya acostado, se asoma á mi puerta y dice con voz conmovida:

—¡Ah, hijo mio! es preciso creer que hay un Dios! Esta noche el predicador ha dicho que todos los grandes hombres han creído—Dante, Galileo, Colón—lo menos ha citado cincuenta. Ha zurrado de lo lindo á los que aseguran que el mundo es hijo del acaso! ¡El acaso! ¡Y decir que los que lo afirman son gente que ha estudiado! ¡Yo, que no soy más que una pobre mujer comprendo que no es sino impostura! ¡Si el estudio no diese otros frutos! Pero Vd. aunque estudie, no piensa estas cosas, ¿no es verdad, hijo mio? Dígame; ¿créa Vd. en el acaso!

—No, querida patrona,—le respondí;—yo creo en Dios.

—¡Oh! Vd. no puede imaginarse el consuelo que me dá con esas palabras,—repuso la pobre mujer.

De noche cuando trabajaba siempre á la misma hora oía llamar en la pared y luego su voz soñolienta que decía:



—No trabaje tanto, hijo; cuídese la vista.

Y yo:

—Nada más que otra página.

—Ni una página siquiera. Recuerde el proverbio: Mejor es..... un caballito vivo que un doctor muerto.

Pasaba un cuarto de hora y vuelta á la carga:

—A la cama, á la cama, hijo.

—Patrona, preguntaba yo,—como es aquel proverbio de Berto, que me dijo esta mañana? Lo necesito para escribirlo.

—Berto,—respondía—el que daba á comer los melocotones para vender los huesos. Vaya á la cama.

—Otra cosa. ¡Cómo se llama el baston de Arlequin.

—No me sacará Vd. ni una palabra más, así me haga reina de España.

Y no decía una palabra más, y yo me iba á la cama.

Por la mañana temprano, apenas despertaba, volvía á oír su voz:

—¡Arriba, arriba! Hace un tiempo soberbio. ¡Vaya á dar una vuelta á las Cascine!

Recuerdo que cierta noche volví á casa lleno de tristeza y me eché sobre el sofá sin decir palabra; se vino en seguida á mi lado; me costaba trabajo contener las lágrimas.

—¿Qué tiene? me preguntó.

No le respondí siquiera.

Insistió, y entonces le abrí mi corazón como á un verdadero amigo.

—He tenido un disgusto. He sabido que el otro día, en una casa, han dicho que mis escritos son fastidiosos, y que jamás llegaré á hacer nada bueno. Estoy persuadido de ello, y no tengo ya gana de trabajar; arrojaré al fuego todos mis libros y volveré á ser soldado. Estoy triste, descorazonado y aburrido de la vida. No me importaría morirme.

La pobre mujer se esforzó por echarlo á broma; pero realmente estaba enternecida. Trató de consolarme y de ponerme de buen humor; trajo á colación todas sus metáforas, sus frases y sus proverbios; me aseguró que mis labios estaban llenos de *hermosos conceptos* y que *hubiera querido haberlos podido escribir ella*; me prometió que llegaría á ser renombrado *científico* á pesar de la gente maligna; me dijo que habría querido encontrarse frente á frente con el que había hablado de mí, para echarle *tal peluca que no supiera dar con el camino para volver á casa*; me hizo beber un poco de vino santo, me llamó niño tonto, y cogiéndome por la barba, añadió:

—¡Arriba esa cabeza!—Al fin me dejó tranquilo, diciéndome que si le armaba otra vez una de aquellas escenas, el pedazo más grande que quedaría de mí sería una oreja, tan cierto como que hay algo de Biancone en la plaza de la Señoría.

Alguna que otra vez, sin embargo, nos incomodábamos, por cosa de nada, claro está; por ejemplo, si



volvía tarde á casa, ella me lo echaba en cara y yo le contestaba de mal talante. Entónces pasábamos lo ménos medio dia sin cruzarnos la palabra. Luego por la noche, al pensar que estaba allá metida en un rincón de su cuarto, sola, melancólica, á oscuras, me entraban remordimientos, corría á la puerta y le preguntaba por el agujero de la cerradura:

—Patrona, ¿como era aquel dicho de Cimabue que me contó anteayer?

—Cimabue, el cual conocía las ortigas al tacto—respondía con repentina expresion de alegría.

—¿Me perdona?

—¡Sí, hijo miol—replicó;—me perdona Vd. á mí que soy una gruñona impertinente? Pero mire; es por su bien, no venga tarde á casa porque... ya sé que no tengo derecho para entrometerme en su conducta... se comprende... pero he notado que todas las noches que viene tarde á casa, y no estudia, por la mañana, tiene mal humor.

—¡Tiene razon, patrona, tiene razon! Abra usted la puerta y hagamos las paces.

Abría la puerta y apénas tenía tiempo de quitarse el pañuelo de los ojos.

Así pasaron seis meses.

Un dia, después de una semana entera de preparativos y de dudas, hice un esfuerzo y le dije, mirándola con fijeza en los ojos.

—Patrona, tengo que irme de Florencia.

—¿Dónde vá?

—A mi casa.

—Está bien. Tendré las habitaciones libres para cuando Vd. vuelva. Deje Vd. aquí los libros, los cuadros, los papeles, como si los dejase á su familia. Antes de que vuelva haré que pongan la estufa, compraré otra poltrona y si tengo humor cambiaré la tapicería del gabinete. Pasaremos nuestro invierno juntos: Vd. estudiando y yo ocupada en mis faenas. ¡Ah' ya veo que al ménos en los últimos años de mi vida tendré algun consuelo. ¿Cuándo volverá?

—Querida patrona... no se lo puedo decir.

—¿Qué, quizá no volverá más?—preguntó con la fisonomía alterada.

—¡Quizá no vuelva más!

Estuvo un momento sin despegar los labios, y luego exclamó con voz temblorosa:

—¡Y yo me quedaré sola!...

Y calló de nuevo como para oír el eco de aquella triste palabra.

Luego se cubrió la cara con el delantal y comenzó á llorar.

Entre los dos hicimos los baules; quiso ella poner todos los libros con sus propias manos, y no me dejó un momento hasta la hora de marcharme. La última noche, hácia las once, mientras escribía, llamó á la pared por última vez y me suplicó que me cuidase la vista. Cuando al dia siguiente me marchaba, salió hasta el descanso de la escalera, y con su acostumbrada dulzura me dijo.



—Usted, al menos, señor mio, se vuelve con su familia; yo, pobre vieja, me quedo sola. Acuértese alguna vez de mí, que le quiero como á un hijo. Tenga juicio: continúe estudiando y estará contento. Cuando viaje por España y Francia, miraré su retrato, leeré sus libros y pediré á Dios por Vd. Cuando muera se acordará de lo que le he querido y llorará, ¿no es verdad? Ahora, váyase, hijo, que es tarde, y ¡Dios le acompañe!

Le dí un beso y bajé precipitadamente. La pobre mujer aún me envió un adios interrumpido por sollozos, luego volvió á su casa, vacía y triste.

¡Oh, buena y querida patrona! ¡sí, me he acordado de tí! En viaje, siempre que he tenido que pasar la noche escribiendo en algun cuarto de fonda, al caer las once, he dicho para mí con tristeza:—¡Oh, si oyese llamar en la pared, de cuánta mejor gana trabajaría!—Siempre que escribo, y que repasando mi prosa, la encuentro pálida y sin gracia, digo con pesar:

—¡Ah, qué diferencia de este italiano al de mi patrona de Florencia!

—Por la noche, en las largas veladas, cuando mi familia está reunida al rededor del hogar, y todos rien y trabajan, yo pienso con dolor que estará sola en su habitacion, quizá pasando frio, y en la oscuridad porque la leña y el aceite han encarecido. Y nunca me represento á mi querida Florencia, sin sentir inmenso goce en el fondode mi alma, esperando que

quizá vuelva algun día, que iré en busca tuya, que aún te encontraré, y que aún tendré ocasion de aprender la lengua armoniosa y rica con que me regocijabas inspirándome ánimos para seguir trabajando.

